

LIBRO XXIV.

Encuétrase el Conde en Andrinópolis con el Rey de Hungría, quien le pide vaya á consolar á la Reina su esposa.—En efecto, parte á Buda, y le acompañan las furias infernales.—La pasión de amor en figura de niño le ofrece un retrato.—El Ángel protector de Polonia le prepara á Miseno mayor victoria de las pasiones alborotadas, escribiendo en el libro del Destino que comunique sus luces á Lesco y sus vasallos.—Desciende el Ángel del cielo y hace aparecer un cometa.—Se asusta Teodoro Lascaris, y las furias salen á perseguir á Miseno.—La codicia tienta á unos salteadores para que acometan á Miseno.—El temor á Teodoro, contra Miseno.—La tristeza lo ataca, y el Ángel lo defiende.—Serénase Miseno.—Encuétranle los soldados del Emperador, y le conducen á Constantinopla.—Ve Lesco en un espejo misterioso á su padre Casimiro, á Boleslao su abuelo y á Uladislao su primo, del cual piensa Lesco por la señal del cometa que se oculta en Constantinopla.—El Rey de Hungría se prepara á atravesar el Estrecho y encuentra á Miseno.—Llega Brancmano, regente de Hungría, y refiere al Rey la muerte que acaba de ejecutar.—Responde el Rey y se retira con Miseno, y este habla ponderando el daño que causa el exceso, aun en las pasiones justas.—Por insinuación del rey Andrés, parte Miseno con el palatino Brancmano á la corte de Hungría.—Danles noticia en Belgrado que el Conde de Moravia se habia muerto á sí mismo.—Llegan á Buda Miseno y el Palatino, lo hallan todo en paz, y el Palatino ofrece á Miseno una casa de campo.—Boleslao en trono de resplandor aparece á Miseno su nieto, y le persuade se vuelva á Polonia, número 35.—Dirigese á ella, y una águila extraordinaria lo conduce hasta los montes Karpacios, donde se halla con Lesco su primo, y se abrazan.—Háblale Miseno á Lesco, y el Rey le responde y lo convida con la corona.—Asústase Miseno, resiste la propuesta con vigor, y le pide que le deje vivir como simple particular.—El Rey se lo concede, con tal que pueda hablarle y servirse de sus consejos, y vive así el resto de sus dias.

1 Lentamente marchaban las tropas del Rey de Hungría, cuando el Conde volaba ligero á encontrarse con él; y á manera de un novillo bravo é indómito, que se escapa del coso, y contento corre montes y valles, dándose parabienes de su no esperada libertad, así caminaba el Conde. *Andrinópolis* fue el lugar en donde los dos cuñados se encontraron¹; y haciéndole el Conde una larga y equívoca

¹ El año 1215 fue cuando el rey de Hungría Andrés II pasando al Asia hizo mansion en *Andrinópolis*, y aquí dice el P. Almeida que lo encontró su cuñado el Conde de Moravia, siendo así que este habia muerto el 1208. Semejantemente se dijo en el lib. IV, núm. 29, que Miseno hablaba el año 1206 de Sa-

narracion de los trabajos que habia padecido, ocultando siempre el motivo de ellos; realzaba con grande artificio el mérito propio. El Rey le agradeció urbanamente todo cuanto habia hecho por su respeto; y para que descansase de tantas fatigas, le pidió que se retirara á su corte, donde la Reina ansiosa y penetrada de dolor le esperaba con impaciencia. Fingió el Conde que queria absolutamente volver á Asia para servir en la expedicion de la Tierra Santa bajo sus banderas; mas el Rey le obligó á aceptar la primera oferta, creyendo que la grande amistad que habia entre los dos hermanos seria bastante para premiar al Conde y consolar á la Reina.

2 Apenas él partió para Buda, salieron con él en forma invisible las furias de los abismos, prometiéndose cada una hacer presa de él estando solo, pues hasta allí habia estado impenetrablemente defendido con la compañía de Miseno. Aun conservaba el Conde la memoria de sus máximas: aun tenia presente la palabra que le habia dado de observarlas; y aun se resistia á los pensamientos con que las furias le asaltaban: mas al modo de la ligera liebre que en campo raso se ve acometida en mismo tiempo por todas partes, por un lado de los podencos, por aquel de los galgos, y por los aires de las flechas, que hallándose aturdida juntamente con los ladridos de los perros, con las voces de los cazadores, y con el zumbido de las saetas, mira sin embargo cómo puede ir escapando, hasta que herida mortalmente se rinde del todo; así sucedió al Conde, que al fin cedió á los arpones del amor, porque esta pasión infernal en forma de agraciado niño le supo herir el pecho con incurable herida.

3 Incierto sobre la eleccion de uno de dos caminos, se detenia el Conde á preguntar cuál habia de seguir; y hé aquí que un her-

ladino como vivo, sin embargo de haber fallecido el 1192; y ambos anacronismos se los critica el Filósofo incógnito al autor como descuidos.

Crítica injusta, porque dicho Padre tenia licencia para hacerlo así, de *Apolo*, dios de la *sabiduría*, y de la *poesía*. Y porque el censor se engaña en los primeros pasos del poema, pues parece ignora que el poema no es historia, la que no se debe apartar de la verdad, ni en lugar, tiempo ni persona: y aquel de necesidad ha de tener el *fingimiento*; y este da licencia para anticipar y posponer sucesos coadyuvantes, y fingir por modo de episodios, personas y acontecimientos que no existieron, como lo han hecho los mas célebres poetas épicos. Véase la nota del lib. XXII, núm. 33, que si la hubiera leído el Sr. *Incógnito* en su autor original, hubiera evitado este yerro. El lector curioso vea en el discurso de la poesía épica añadido por Mr. *Ransau* al poema de *Telémaco*; y encontrará cuanto puede apetecer en la respuesta á la segunda objecion, que dice así: *Algunos llenos de una grosera ignorancia de la noble libertad del poema épico han echado en cara al Telémaco que está lleno de anacronismos.*

sion de los cielos. El Emperador de Nicea es el mas asustado, porque imagina que ve inminente sobre su cabeza la perdicion. Las furias de los abismos perseveran y se esfuerzan en perder al héroe, y quieren valerse del terror pánico que advierten en Teodoro Lascaaris para acabar de una vez con su general enemigo. Ve el ministro celestial claramente sus designios, y burlando todos sus infernales esfuerzos contra los decretos de la Providencia, les deja casi suelta la rienda para que trabajen sin saberlo en la ejecucion de los divinos intentos, seguro de poder refrenarlas á tiempo con el mas ligero movimiento de su celeste brazo: alégranse los abismos con la inopinada libertad, y todas las furias salen de tropel, y embarazándose unas con otras en la salida de las cavernas subterráneas, como cuando á las iracundas avispas les despedazan su nidal. Cada cual toma el rumbo que su furor le sugiere, y sin orden ni armonía, sin consulta ni consejo, van á dar un asalto al corazon de Miseno, que tranquilo y sosegado andaba por la Bitinia buscando un retiro para acabar en paz sus dias, viviendo, como cuando estaba junto á Akerman, de su trabajo y del campo.

8 La *codicia* se apodera de los salteadores que iban vagueando por toda aquella region, y procura que en las manos de estos venga á caer, para que sea víctima de su crueldad, ya que no lo podia ser de la hambre de las riquezas, que no hallarian en él. El *temor* se vale de la apta disposicion en que estaba el corazon de Teodoro, y por medio de un valido le hace saber que pocos dias antes habian encontrado al Príncipe de Polonia disfrazado, pensativo, y discurrendo de una parte á otra, como quien observaba el país, ya retirándose á la sombra de los bosques, como quien oculta sus designios, ya paseándose por campiñas y oteros, como quien quiere descubrir mucho mas terreno del que pueden adelantar sus pasos.

9 Entonces esta pasion le sugiere mil discursos funestos, que le asustan é inquietan, porque cada noche va á observar el cometa, y en su cola ve todas las formas y figuras que le representa el susto. Húyesele de los ojos el sueño, del corazon la paz, y del semblante la natural alegría. Perturbado no se entiende á sí mismo: ahora condena á Miseno, y luego le halla inculpable: unas veces cree, sin poder dudar, que es su mortal enemigo; otras se persuade que es un príncipe inocente y amigo de la paz. Lucha consigo, y consigo mismo se embaraza y enreda, de suerte que su corazon es un perpétuo laberinto, indeciso é indeterminado, como si estuviese sobre unas parrillas arde y se revuelve, multiplicando á cada momento su an-

gustia, hasta que toma la violenta resolucion de hacer que Miseno salga luego de sus Estados: manda á sus tropas que le busquen; y que sin atencion á discurso alguno verdadero ó falso, le conduzcan bien custodiado á Constantinopla.

10 Ignoraba la furia que inspira á los mortales la *tristeza*, lo que las demás habian dispuesto; y para atacar al héroe en sí mismo, envia otras de sus subalternas á preparar el asalto. Unas oscurecen el dia, y hacen que la noche venga con pasos acelerados; otras en figuras engañosas le representan árboles grandes en medio del camino real, para que se extravie de él. Las tinieblas se condensan, la noche se cierra, el aire se turba: de una parte oye los rugidos de los leones, como si habitase en África: de otra los silbos de las serpientes, como si estuviese en la Arabia Desierta: de aquí los bramidos formidables de los osos, de allí los aullidos de los lobos, de allá los rugidos de los leones, hacian en los valles los mas tristes ecos que jamás escucharon sus oidos. Síguense horribles *espectros**, que se le aparecen en los aires. El alma de Neucasis despedazándose furiosamente con los dientes, y amenazándole como á causa originaria de su infelicidad. Los cabellos se le erizan, el corazon le palpita, los miembros se le enfrian, y todo el cuerpo le tiembla.

11 Estando, pues, Miseno así dispuesto, le embiste la *tristeza*, trayéndole á la memoria todos los trabajos pasados, y figurándole otros posibles mucho mayores: no solo como futuros, sino como si ya estuviesen presentes, le perturban el entendimiento y le oscurecen la razon. Un vapor oscuro le ofusca las máximas en que se fundaba para no temer, y unos mónstruos negros de feosimos pensamientos contra la Providencia comenzaban á salir de los abismos, cuando el Ángel que le protegía, reprimiendo el demasiado rigor de esta furia, le infunde un dulce y suave pensamiento, con el cual ve el horror del precipicio, pone pié atrás, se detiene, y resiste valerosamente á las pasiones que lo embestian, y se dice á sí mismo:

12 ¿Qué rebelion interior es esta que veo en mí? ¿Y qué es lo que temo? ¿Perder la vida? Indigno seria yo de ella, si temiese perderla. Este temor jamás lo conocí. Pues ¿para qué lo admito ahora? ¿Por ventura tengo algun derecho para vivir en este mundo? ¿Cuándo le tuviese, ¿seria acaso el de vivir para siempre? ¿Y cuándo se le hizo injuria á ningun mortal en pedirle el tributo de la muerte? ¿Ignoro acaso que no pende ni de la vida ni de la muerte mi felicidad? Lo que únicamente deseo, solo depende de obrar siempre bien, y de forma que consiga la aprobacion de la Sabiduría suprema, y

la amistad de quien es feliz sumamente. Esto dijo; y cual fatigado caminante que se arroja con todo el cuerpo en el blando lecho que le espera, así Miseno, arrojándose en los brazos de la divina Providencia, prosiguió en medio de los peligros y de los horrores, cantando suavemente los motetes que habia compuesto su filosofía.

13 Pocos pasos habia dado, cuando le encuentran los soldados del Emperador que le buscaban. Infórmanse de él, y responde con candor, que él es el príncipe Uladislao III, cuyos indicios inquirian. Duda el jefe extrañando la franqueza: repite Miseno que les habla ingenuamente la verdad; y cuando le intimaron entre mil perdones la orden de su soberano, les dice con urbanidad y sumision: Nada es mas justo que obedecer los vasallos á su legítimo Príncipe; y yo no os estimaria, si no ejecutáseis las órdenes del Emperador: en vez de ofenderme me haceis un gran servicio, y podréis á la vuelta certificar á vuestro Monarca que le agradezco la guardia real que ha ordenado me acompañe, que es escolta bien necesaria en tiempo que los salteadores infestan todos los caminos. De este modo fue Miseno llevado á Constantinopla, cuando Andrés, rey de Hungría, estaba cerca de ella, en donde todo se preparaba para recibirle.

14 En este tiempo vivia Lesco fatigado con los importunos cuidados del gobierno de su pueblo naturalmente orgulloso, inconstante y descontento. Embarazábase con las riendas del gobierno, deseaba brazo mas fuerte ó mano mas diestra para manejarlas: una viva ansia de Uladislao despertaba esta pena; mas al mismo tiempo sentia, sin saber por qué, en el fondo de su corazon una esperanza de que aun habia de gozar de su compañía, la que si no fuese para poner en sus manos el peso de la corona, á lo menos habia de ser para recibir de él el auxilio en el manejo del cetro.

15 Un dia en que mas afligido se paseaba por su cuarto meditando cómo podria hacerse feliz á sí mismo y á su pueblo, se le representó en un espejo la figura de su padre Casimiro II, adornado con manto real, precioso y refulgente, coronado de laureles y de flores, amado de sus vasallos, estimado de los vecinos, y envidiado de los extraños. Pero ¿qué sucedió? Qué una saeta perdida le hirió á Lesco en el corazon, le iluminó el entendimiento, y vio que Casimiro su padre perdía, no solo la hermosura del rostro y alegría del semblante, sino tambien la belleza y preciosidad de la púrpura. Los finos y cándidos armiños se convertian en pieles de osos y animales viles é inmundos: los colores vivos de los matices en feísimas manchas; y la corona y cetro de oro en pesadas é ignominiosas cadenas

de hierro que le ataban y arrastraban: en este estado le vió entrar por una sala magnífica donde despues de danzas y regocijos se daba una cena espléndida, igualmente preciosa por las exquisitas viandas y ornato de las mesas, que por la hermosura y marcialidad de las damas que asistian, y entre todas sobresalia la bella y casta Iria, á quien Casimiro distinguia en los cariños; mas advirtió que estos favores no reverberaban en el rostro de la dama, como suele acontecer, ni la alegraban, ni la *desvanecian*: antes bien causaban en ella un afecto muy contrario, pues daba á entender que su importunidad la ofendia. Mas al levantarse Iria de la mesa vió que le ofrecia á Casimiro un ramillete de flores, afectando agradecimiento y amor, y que él absorto con este no esperado favor, lo acercaba repetidas veces al olfato, y que poco despues desfallecido caia muerto. Entonces reparó que Iria quedaba con un aire de satisfaccion, como quien respiraba de alguna opresion importuna.

16 Afligióse Lesco con esta idea que le acordó la triste muerte con que su padre puso término á su vida admirable, por haberse dejado llevar de la pasion del amor: empero no tuvo Lesco mucho tiempo para ocuparse en los tristes recuerdos de su padre, viéndose á sí propio entrar en la escena que le ofrecia el espejo. Véase ir caminando con bastante trabajo y fatiga por una senda derecha, pero que al fin paraba en mil enredos, laberintos y despeñaderos; y que estando ya próximo á precipitarse, una voz celestial le detenia. Era esta de un monarca venerable que coronado de luces y resplandores conducia por la mano á *Uladislao III*, y le decia con tono amoroso y de superior imperio: No des un paso mas, mi amado nieto, sin tomar esta guia, si es que no quieres precipitarte; al cielo se lo tienes pedido y el cielo te lo concede. Si fueres fiel en seguirle, tú y tu pueblo gozaréis de sólida felicidad. Esto dijo, y desapareció veloz la vision del espejo, quedando Lesco igualmente confuso que consolado: confuso por la ignorancia del modo con que habia de buscar á Miseno, consolado por la promesa que Boleslao su abuelo le hacia.

17 Aun continuaba en aparecerse el cometa, y su cota siempre dirigida á Polonia persuadia al Rey que á él se encaminaba el funesto ó agradable anuncio, segun la errada opinion de aquellos tiempos¹; mas la representacion misteriosa le quitó todo el susto, y viendo que el cometa se acercaba, lo observaba todas las noches con gusto. Consultaba los astrólogos, guardando en su pecho el secreto

¹ Véase la nota anterior, núm. 7.

importante, y todos le decían que pues el cometa se descubría sobre Constantinopla, sin duda sería aquella capital el teatro de los estragos que aquel funesto astro anunciaba.

18 Un impulso interior persuadía á Lesco que fuese á Constantinopla, pues el corazón le decía que allí estaría Uladislao; mas la situación de su reino no le permitía que intentase un tan largo viaje, particularmente habiendo de pasar por Hungría, cuyo soberano ausente podía interpretar á mal que un vecino suyo viajase por sus Estados en situación tan crítica. Con todo, la idea de que Uladislao se aproximaba cada vez se aseguraba mas en el pensamiento de Lesco, y determinó seguir el camino de Constantinopla hasta los confines de su reino, y hacer alto en los montes Karpacios que lo separan de Hungría.

19 Á este tiempo el Rey húngaro se preparaba para pasar á Asia atravesando el estrecho, y ya parte de sus tropas habían pasado, cuando casualmente se encontró con las del Emperador de Nicea que habían ido á acompañar á Miseno. La desconfianza que acostumbra reinar en los soberanos cuando están fuera de sus Estados, obligó á Andrés á que se informase del designio de aquellas tropas extranjeras; y sin embargo del silencio que á estas les había encargado Miseno, supo el Rey que un príncipe de Polonia se hallaba allí de tránsito; y así le fue preciso á Miseno verse con S. M., y confesarle el terror pánico de que estaba poseído el Emperador de Nicea. Estimó Andrés el encuentro para informarse del Asia, y de los preparativos é ideas del Sultan de Iconio.

20 Cuando mas embebidos se hallaban en esta conferencia llegó de improviso Brancmano, palatino de Hungría, á quien el Rey había dejado encargado el gobierno del reino durante su ausencia. Era el Palatino hombre de notoria probidad: el Rey le amaba segun su mérito, los grandes le respetaban, el pueblo le temía: no estaba trémula en su mano la balanza de la justicia: la espada siempre recta, á un mismo tiempo le servía de regla para premiar los buenos, y de arma para castigar los malos: el brazo constante que la empuñaba ni conocía furor en la punición de los delitos, ni diferencia en las personas de los delincuentes. Las leyes eran su guía, el Bien público su norte, la prudencia y la constancia sus pasos. Este hombre, pues, se presenta delante de su Soberano y de Miseno, y hechas las ceremonias debidas de una parte al cetro, y de otra á la amistad, le dice de este modo:

21 Conviene, señor, que os dé parte de la pronta y fiel ejecu-

ción de vuestras órdenes. Al salir de la corte, cuando dejásteis vuestro cetro en mis manos ya trémulas y cansadas, me ordenásteis que hiciese justicia recta é igual sin excepcion de personas: lo contrario ni vos lo podíais mandar ni yo obedeceros. Como lo ordenásteis así lo ejecuté en una persona de alto carácter á quien yo mismo acabo de quitar la vida, porque no merecía menor pena su gravísimo delito. Ahora vengo á presentarme para que os vengueis de mí si acaso protegeis como ella la maldad. ¿Y quién fue? pregunta el Rey alterado. La principal dama de palacio N. que vos estimáis, dice el Palatino.

22 No causa mayor estrago el rayo cuando hiende el alto cedro, que el que causaron estas palabras en el ánimo del Rey. Toda la sangre le acude al pecho: quédale pálido el rostro, el semblante perturbado, y el entendimiento confuso. Estaba Miseno mudo; pero el Palatino con aire desembarazado, sangre fria y ánimo constante, inmóvil é intrépido. Mas al mismo tiempo que el primer asombro dió lugar á las voces, reprimió el Rey el corazón con toda la fuerza de su valor, con la voz trémula dijo: Continúad y declarad el motivo; porque yo no protejo maldades, ni conozco venganza sino del verdadero crimen; y vos debéis ser oído. Entonces el Palatino prosiguió de este modo:

23 Isabel mi esposa servía á la vuestra con la fidelidad y amor que debía á su Soberana. En este tiempo el Conde de Moravia, hermano de la Reina, tuvo la osadía de mirar á mi mujer con ojos que no debiera; pero halló en ella una resistencia digna de su virtud, y digna de mi honor. Prudente y virtuosa deja el palacio pretextando una enfermedad prolija; creía que con el tiempo se apagaría el fuego, y que la separación haría olvidar las primeras ideas; pero nada menos: la virtud sirvió de irritar mas el arresto, como hace un toro furioso que empeña mas la fuerza de su testa armada contra los troncos que mas resisten su ferocidad. No pudiendo el Conde por modo alguno rendir la sólida constancia de Isabel, se valió del engaño y la traición; pequeños crímenes para quien tenía el corazón tan dañado. Cómo pudiese urdir el lance lo ignoro; solo sé que convidaron á mi esposa para comunicarle cartas que habían venido de V. M. para mí, que hasta vuestro sagrado y augusto nombre sirvió á la mas insolente infamia. Con este pretexto se vió conducida á un gabinete secreto donde la dejaron sola; y sin saber cómo se halló cerrada: mira á una y otra parte y ve allí escondido al malvado Conde: se asusta, se cubre de horror, se aflige, alienta su esfuerzo, y se ar-

roja por una ventana que caía sobre los jardines; y en los brazos de un árbol que la hirió y rasgó, bien que la sostuvo, pudo salvar la vida que ya tenía sacrificada al honor.

24 Mas fue vista, y en este estado se retira á su casa: entra en mi cuarto, veo su semblante mudado, los ojos llorosos, el rostro herido, y mas que todo afligida su alma: veo, me admiro, pregunto; mas los labios le tiemblan, revientan las lágrimas, y se le sufocan en el pecho las palabras. Pregunto otra vez; y al querer darla testimonio de mi fina amistad y compasion, veo que llena de un tierno furor me dice: Retiraos de mí, caro é infeliz esposo, que ya no soy digna de vuestro amor; y si me quereis dar prueba del grande que me habeis tenido hasta ahora, os ruego que con este puñal me quiteis la vida; porque no puedo sufrir el horror que tengo concebido en mí misma. Sabed que una dama N. acaba de quererme sacrificar á la ceguedad del Conde con la traicion mas horrible: debo á una ventana el honor, y á un árbol la vida; pero fui vista, y ya no se puede ocultar que vuestra esposa fue objeto de ojos livianos, y que estuvo en peligro de serlo tambien de manos violentas. Muero de espanto solo de imaginar esta abominacion intentada: el rubor, la cólera, el honor, el amor que os tengo, todo pone á mi entendimiento en tortura: yo reviento de pura pena. Huyan de mí los cielos que me vieron: huya la tierra que me sustenta: huyan los abismos llenos de horror que se escandalizaron de mí: huid vos, infeliz esposo; mas antes que os retireis, os ruego que por vuestra honra, y tambien por mi amor, ¿qué digo amor?... Amor no, que... Pero sea amor ó sea castigo, haced que de este cuerpo infeliz pueda huir mi alma. En este momento cae á mis piés desmayada con este puñal en la mano. Juzgad, señor, ahora, juzgad lo cruel de mi dolor. Aquí se perturbó algun tanto el Palatino, y se le arrasaron los ojos; mas recobrando con nuevo esfuerzo el tono en que habia comenzado, añadió luego: Pero no, no mireis, señor, mi afliccion: mirad únicamente á las leyes: mirad su execrable transgresion.

25 Encargado yo de vuestra obligacion dejó á mi esposa en tierra, tomo el puñal que me ofrecia, y corro ligero á buscar al delincuente; mas la fuga (que le condena) lo habia ya puesto en salvo; encuentro á la *dama*: me ve irritado, se perturba; y fuese que se le mudó el semblante, ó que se mudasen mis ojos, parecióme que en su rostro le veia el delito: ciégame del todo la pasion, no atiendo á la prudencia para examinar conjeturas tan terribles, ni respeto el decoro de palacio: yo no ví entonces señora; y ví una cómplice, y cóm-

plice de un crimen, del cual por mi infelicidad debia yo ser parte, y por vuestras órdenes juez. *Vil.*, y con este puñal hice la justicia que entonces me pareció ser debida. Ahora aquí, señor, le teneis, haced de él el uso que os pareciere justo, que para mí en este estado ni la muerte es castigo, ni la vida merced. Nada detesto sino los delitos, nada deseo mas que la justicia y la virtud. Así acabó Brancmano, el Rey quedó suspenso, Miseno mudo, y el Palatino de rodillas con el puñal ensangrentado en la mano, ofreciéndolo á su Soberano en accion de pedirle la muerte ¹.

26 Apenas podia el Rey sostener el ímpetu interior con que todas sus pasiones á un tiempo le impelian el corazon. El semblante inmóvil afectaba paz, mas la lengua trémula no podia pronunciar con serenidad la respuesta que el entendimiento dictaba: la que era concisa, justa y adecuada. Volved, le dice el Monarca, retiraos á la corte, y continuad en la administracion de justicia hasta que yo vuelva, que será con la mayor brevedad, para juzgar allí este caso con la prudencia que él pide: entre tanto, yo entrego el asesino á la custodia de su propio honor, y el de la difunta le confio á vuestro fidelísimo secreto. Entonces tomando á Miseno por la mano, se retiró á su gabinete para dilatar con él su corazon oprimido.

27 Prudente y compasivo Miseno, deja desahogar toda la angustia del Rey, que medio loco no sabia ordenar sus palabras ni moderar sus movimientos; semejante al que deja evaporar todo el humo de un incendio encubierto para ver cómo ha de apagar su origen: ó como prudente cirujano, que no aplica remedio alguno á la llaga sin dejar salir primero toda la sangre extravasada; mas despues de largo tiempo, cuando ya se puso el Rey capaz de oír y atender, Miseno con todo el peso de su prudencia empezó á hablar de los desórdenes de los otros, por ver si con esta política industriosa podia precaver imperceptiblemente los muchos en que podia despeñarse el Rey en el caso en que se hallaba, y le dice así:

28 Aquí se ve, amigo, cuán peligroso es dejarse llevar uno de su pasion, aun cuando ella sea justa é inocente, porque siempre su

¹ NOTA. Bonfinio XII, pág. 277. Otros quieren que esta muerte fuese por conjuracion de los húngaros, descontentos por ver que se daban todos los empleos honoríficos á los alemanes, y no á los nacionales; y algunos quieren que muriese antes de partir el Rey. La primera opinion es mas acomodada al intento de esta obra, y es la que sigue el célebre Antonio Albicio en su *Stemata Princ. Christ.*

² El citado noble genealógico Albicio dice, que á su vuelta de Siria absolvió el Rey en juicio á Brancmano, que así lo llama este autor.